

(Recogido en "De arte y de  
aquello" - Buro IV)



2-409

2-38

## DESDE LA SOLEDAD.

**F**UE, por fin, mi amigo al campo á curarse de sus murrias, tal y como le aconsejé, y desde allí me escribe esto:

«Mi querido Miguel: No puedo más; pasado mañana me vuelvo á la ciudad. Es lo que ya te había repetido cien veces: ó el campo no es para mí, ó yo no soy para el campo. No has logrado convertirme; esta soledad me despersonaliza y siento dentro de mí el vacío. El ensayo ha fracasado; en este sosiego se exacerba, en vez de aquietarse, mi dolencia moral. Esto es inútil; me vuelvo.

»Te tengo dicho y repetido muchas veces que soy un hombre esencial y radicalmente social, que sin una sociedad lo más copiosa y rica que sea poble de semejantes míos, ni vivo ni descanso. El trato de las gentes podrá ser veneno para mi corazón; pero no conozco contra ese veneno otra triaca que el veneno mismo.

»Tú sabes que pienso en voz alta, que para mí pensar es hablar, y el silencio equivale en mi espíritu al sueño. Y no quiero dormir. Las cosas que se me ocurren, valgan lo que valieren, ocurrenseme al hablar, al hacer es-

fuerzos por transmitir al prójimo mis impresiones ó mis sensaciones. Más de una vez me ha sucedido tener en la mente algo así como el informe esbozo de una idea, un germen de ella, una noción obscura y confusa que no se había destacado del fondo compacto de mi pensamiento, de esa especie de nebulosa en que se mueven nuestras ideas, haciéndose y deshaciéndose dentro de ella, y al esforzarme por comunicar á otro ese concepto en formación, ha acabado de formarse merced á tal esfuerzo, al constreñir mi mente á dar expresión verbal á semejante esbozo ó germen, es decir, á encarnarlo en lenguaje, ha surgido distinto y claro en mi conciencia. Y ello es natural, pues lo que llama Romanes un *percepto* llega á concepto en cuanto encarna en nombre; nombrar algo es clasificarlo, esto es, conocerlo. Todavía me acuerdo la intensa alegría que experimenté al contestar á

una objeción con que me apuraba un amigo con quien discutía, y cómo al ver él mi gozo me preguntaba de dónde provenía, y le dije: De que esto que acabo de decirte es para mí tan nuevo como para ti; ha surgido ahora á mi conciencia, desde el obscuro fondo de ella, al hacer yo esfuerzos por contestar á tu objeción.

»No soy hombre de monólogos; no sé hablar, y, por lo tanto, no sé pensar, pues ya te digo que mi pensamiento es verbal; no sé hablar si no veo unos ojos que me miran y no siento tras de ellos un espíritu que me atiende. Enciendo mi pensamiento en el combustible de mis palabras, pero con el fuego de un alma hermana, asomada á unos ojos humanos. No he aprendido á hablar á los árboles, á las rocas, á los arroyos, á las nubes, á los pájaros, y, lo que es peor, todas esas cosas no me dicen nada; están para mí mudas. La Naturaleza que me rodea se me presenta sorda y muda, y me da sueño: esto es lo peor, me da sueño, mucho sueño. Aquí no hago sino dormir; me acuesto á eso de las nueve y media, siempre antes de las diez, y son muy cerca de las diez cuando me levanto. Además suelo echar siesta. Y esto no puede seguir así, porque tal vida no es vida.

»Recuerdo á menudo lo que me sueles contestar cuando en nuestras discusiones respecto al campo y la ciudad, la soledad y el trato de gentes, te digo que también la sociedad es Naturaleza, y tú sueles replicarme: «Y la Naturaleza es sociedad». Sí, no te lo niego, podrá haber hombres para los que sea sociedad la Naturaleza, tú uno de ellos, por lo visto; pero á mí no me pasa eso; me encuentro absolutamente solo en el campo, tan solo, que hasta mi pensamiento acaba por abandonarme y me duermo. Ya sé que me dirás que el sosiego de que necesito es ése, no pensar ni tener más contenido de conciencia que el espectáculo que ante mí se despliega; no pensar, sino ver desfilar las cosas. Pero esto me mata.

»Para poder encontrar sociedad en el retiro de la Naturaleza y conversar con árboles, pájaros, arroyos, rocas y nubes, y que éstos nos digan algo, es preciso llegar á cierta comunión con ellos, descender á la raíz de nuestra semejanza, buscarlos como semejantes y prójimos. Como animales que somos, tenemos de común con los pájaros la animalidad; pero yo no consigo despertar en mí esa animalidad y gozar con el goce de los juguetes de los pájaros en torno al nido, ni dolerme con el dolor del pajarillo al que atrapa un gato. Tenemos un fondo común con árboles, rocas y nubes; pero yo no logro bajar á mi vegetabilidad, á mi materialidad, á lo que me hace cosa: soy, sin duda, demasiado específicamente hombre, demasiado intelectual.





» Llegué á la palabra, y ya te estoy oyendo tro-  
nar contra el intelectualismo, pues que no pierdes  
ocasión en privado de protestar de que haya quien  
te califique de intelectual. Los que te conocemos  
bien, sabemos que, en efecto, tienes más de afecti-  
vo, de volitivo, de imaginativo, ó, como dice  
nuestro buen Eduardo, de *imaginacional*, que no  
de intelectual; pero, por más que hagas, ni logra-  
rás aparecer á los ojos de los más sino como eso  
que han dado en llamar ahora intelectual, ni con-  
seguirás que dejen de aplicarte ese dictado de  
*sabio*, que tanto te encocora y molesta y que te  
parece un mote feo. Sí; el intelectualismo es, sin  
duda, la enfermedad que me devora, y tal vez la  
que te devora, á pesar de los forcejeos que haces  
por sacudirte de ella; pero mi intelectualismo no  
se cura en la soledad. Prefiero el delirio á la im-  
becilidad, y si continúo en el campo acabaré en  
imbécil, te lo aseguro. Prefiero el baile de San  
Vito á la perlesía, aunque en el fondo sean cosas  
análogas, que no lo sé. No sigo aquí; me vuelvo,  
me vuelvo á la ciudad. En ella buscaré naturaleza,  
y ya que no pueda hacer de los árboles hombres,  
haré de los hombres árboles.

» Me decías que necesito fe y no ciencia, volun-  
tad y no razón, y que aquí, en el campo, ante el

silencio de los hombres y la voz de las cosas, se  
robustecería mi voluntad y con ella la fe, que es  
volitiva, acallándoseme la razón. Y no ha sido así.  
Dejo de lado esa tu idea de que la fe debe tener  
la menor mezcla posible de raciocinio; que un ob-  
sequio que quiera ser racional acaba por apagarse;  
que intentar demostrar la existencia de Dios, es  
matar la experiencia directa de Él y de su obra.  
Dejo todas estas faramallas místicas ó pseudo mis-  
ticas—no quiero meterme á inquirir qué sea mis-  
ticismo,—y me limito á decirte que ni se me ha  
robustecido la voluntad, ni se me ha despertado la  
fe aquí en el campo. Todo lo contrario; al languide-  
cerseme el pensamiento, se me ha languidecido  
con él la voluntad, aquel impulso de hablar; de  
pensar, de idear, de inquirir; y en cuanto á la fe,  
hoy es el día en que no sé bien qué queréis expre-  
sar con ese vocablo. Mi voluntad es voluntad de  
pensar, de discurrir, de hablar; y como no encuen-  
tra resistencia, como ni los árboles, ni las rocas, ni  
los pájaros, ni las nubes me replican ni me con-  
tradican, me veo obligado á callarme, es decir, en  
fin de cuenta, á dormirme.

» Dirás que soy incorregible: ¿qué le voy á hacer?  
Mi torpeza fué hacerte caso cuando me decías que  
estaba enfermo, enfermo de la voluntad, enfer-  
mo del sentimiento. No, no lo estoy; mejor di-

cho, no sé si lo estoy, no sé qué es eso de es-  
tar enfermo, ni sé cuál es el criterio de la salud.  
Cada vez me parecen más necias las distinciones  
esas de sano y enfermo, normal y anormal, equili-  
brado y desequilibrado, loco y cuerdo. Uno que  
viva veinte años tísico, y en esos veinte años lleve  
á cabo obras que sean útiles ó gratas para los de-  
más, es preferible á un sano que no haga cosa de  
provecho. Cuando me entero de algún descubri-  
miento que alivia un mal ó facilita un progreso en  
industria; cuando sé de alguna nueva verdad des-  
cubierta, no me pongo á averiguar si el descubri-  
dor estaba sano ó enfermo. No soy de los desgra-  
ciados que creen haber condenado las ideas de uno  
diciendo de él que es un místico, ó un materialis-  
ta, ó un ateo, ó un borracho, ó un estafador. No sé  
si esto es salud ó enfermedad, pero necesito vivir.  
Me vuelvo, pues. Ya lo sabes.

» Siempre tuyo, — *Rogelio.*»

Aún no he contestado á esta carta de mi amigo  
Rogelio; pero prometo á mis lectores publicar la  
contestación que dé á ella, lo mismo que publico  
aquí su carta. Contiene ésta, como todo lo huma-  
no, una porción de verdades mezcladas á porción  
de sofismas, aunque, si he de decir verdad, me ve-  
ría apurado para desintringar los unos de las otras.  
Vale, pues, más dejarlo.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES